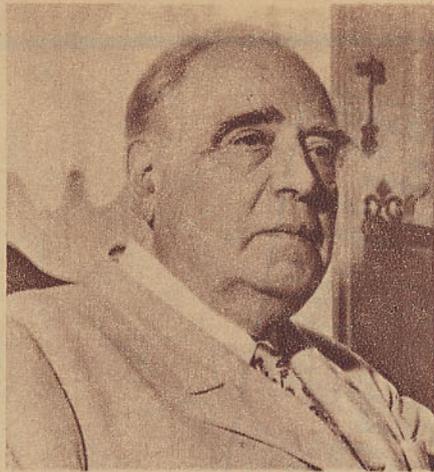


ABC-8-7-61

ELOGIO DE LA ANECDOTA



D'Ors.

Por muy anecdótico que todo ello nos resulte, no hay la menor duda de que tiene un valor probatorio, por pequeño que éste sea, para la filosofía, para el mundo del espíritu. Por más que queramos, una vez conocida la anécdota, ya no nos podremos imaginar a nuestros filósofos si no es de una manera determinada.

¡Una anécdota, una simple anécdota viva, plantada sobre sus pies, la cabeza en alto, los ojos expresivos y la riqueza de los movimientos, es algo en donde se pueden aprender tantas cosas que el mero discurso no enseñará jamás! Se encuentra en ella un fondo de humanidades que no hay en la biblioteca. La anécdota se halla también con toda seguridad dentro de lo que nuestro Luis Vives, en pleno Renacimiento, cuando dominaba el intelectualis-



Ayala.

de inspiración. En la imitación ha insistido recientemente, y de un modo magistral, don Ramón Pérez de Ayala al hablar de cómo la facultad primordial humana consiste en la eficacia imitativa más que en la cognoscitiva y creativa, pues la cualidad originaria de las artes, de las letras (el lenguaje), de la política y, en suma, de la convivencia social humana, es el instinto mimético, el impulso hacia la imitación. Aun el acto de conocer, según Aristóteles y Santo Tomás, resalta Pérez de Ayala, es una imitación más perfecta: "adecuatio intellectu et re".

La anécdota responde a esa facultad originaria del hombre, rasgo genérico de toda vida social: a la imitación precedida de la admiración que le es inseparable y no menos congénita a nuestro espíritu.

Por todo ello, en estos momentos de la literatura y del pensamiento, en los que tantas cosas deciden, a menudo con evidente equívoco y exageración, el testimonio, el compromiso, el ambiente, las actitudes existencialistas y vitalistas..., nos cuesta trabajo creer que alguien se atreva a menospreciar el valor probatorio de la anécdota. La anécdota, sobre todo la elevada a categoría, siempre prueba algo, inclusive en aquellos terrenos del espíritu aparentemente tan alejados de lo anecdótico, como son, por ejemplo, los de la filosofía y aun, dentro de ésta, los de aquellos filósofos que se encierran en sus celdillas y covachuelas para, desde estos lugares tan estrechos, como diría el padre Sigüenza, pasar con el alma la anchura de las moradas del cielo.

Si Kant salía diariamente a su paseo higiénico a una hora fija (tanto que sus conciudadanos, conociendo su costumbre, ponían el reloj en punto al verlo pasar), y el día que no paseó puntualmente, el curioso vecindario tuvo la impresión de que algún extraño acontecimiento había sucedido en el mundo, como, en efecto, acaeció: ese mismo día había estallado la Revolución Francesa. Si la puntualidad relojera de los paseos kantianos, alterada tan sólo por una avería jacobina de la Historia, no tuviera un cierto valor probatorio para su filosofía, es de suponer, entonces, en los que así piensan, una total ausencia de olfato para poder brujulear por las sabrosísimas sendas de la Historia de la Cultura. ¡Cómo puede hablarse de Heráclito sin verle sentado a la entrada de su casa, con la frase en los labios: "aquí también moran los dioses", o de Santo Tomás sin contemplarle más volcado a Dios que a ninguna otra cosa, por muy reales que éstas sean, dando un manotazo en la mesa de San Luis, Rey de Francia, porque, abortido, mudo y olvidado del resto de sus comensales, había encontrado un argumento aplastante contra los enemigos de la razón y de la fe.

mo, llamaba cultura animi, para significar con preferencia cultivo del corazón, una clase de cultivo de la que siempre estará necesitada la Humanidad. Siempre se ha dicho que quien aprende ciencia sólo en el libro, corre peligro de volverse dogmático de lo sabido; así, quien, al contrario, no le pone reparos a la anécdota, sabrá más fácilmente conservarse humanista, porque no se olvidará de la relación entre el producto científico y su creador, que, al fin y al cabo, es un hombre de carne y hueso como los demás.

Por todo ello, al contrario de lo que contaba mi buen amigo el profesor alemán de su maestro que preparó la colección de documentos sobre la Corona de Aragón, según hablé al principio, los españoles tendemos más bien a coleccionar anécdotas y aforismos en lugar de suprimirlos. Algunas de estas colecciones fueron tan célebres más allá de los Pirineos, que influyeron poderosamente en los moralistas franceses, ese género literario que el mismo Sartre ha reconocido como lo más original de las letras de su país. No tiene nada de extraño que los españoles sobresalgamos en ese género. Somos un pueblo hecho de extremos. O salimos por la gran Mística, por el Quijote, por la Cruzada, por el Descubrimiento de América, por los Conquistadores, por el Gran Teatro del Mundo..., o somos los amos en refraneros, proverbios, anécdotas, romanceros, aforismos y género chico. No nos solemos quedar en términos medios.

La anécdota no es una simple sentencia como el aforismo; es la relación de un suceso que suele entrañar un comportamiento. Pero en la anécdota, tanto como en el aforismo, hay autores y autoridades, que no es siempre lo mismo, aunque tengan las dos palabras una misma raíz.

Vicente MARRERO

A todo el mundo le agradan las anécdotas, aunque tal vez seamos los españoles, por nuestra ideología e idiosincrasia, quienes más inclinación sintamos hacia ellas. Recuerdo lo que un ilustre profesor alemán me decía a propósito de una colección de documentos sobre la Corona de Aragón, preparada por su maestro, otro eximio hispanista: los investigadores españoles querían editarla de nuevo, precisamente porque su maestro, con la mejor intención académica, había omitido toda la parte anecdótica, dejando tan sólo lo que en sustancia tenía de verdadero interés para la Historia.

¿Pero las anécdotas no dicen nada a la Historia? ¿Acaso sus manuales no están llenos de ellas? Claramente, hay anécdotas y anécdotas. Lo importante es elevarlas a categorías. Ya lo decía epigramáticamente D'Ors: "Tan fácil, en la Anécdota, ser padre. Tan arduo ser padre en la Categoría."

Por una parte, tenemos tendencia a huir de lo temporal y a fingir un mundo extraño, inmune al tiempo. Estamos hechos de eternidad y no podemos negarlo. En la vida no todo son acontecimientos fluidificados a la manera de una corriente de sucesos sin cauce estable. Pero, por otra parte, y glosando a Gracián, que lo dice mejor por decirlo más brevemente: "No basta la sustancia, requiere también la circunstancia. Todo lo gasta un mal modo, hasta la justicia y la razón... Tiene gran parte en las cosas el cómo, y es talur ae los gustos el modillo..." Mas ¿cómo relacionar, armonizar o sintetizar sustancia y circunstancia, metafísica e historia? Quien logre avanzar por este camino tiene ya un puesto asegurado en el pensamiento más cotizado de nuestros días, que no cesa de girar en torno a esta cuestión, central en la filosofía de hoy.

Entre un extremo y otro, entre la Historia y la Eternidad, existen, sin embargo, incidencias felices, raros momentos en los que el instante recibe como un regalo la oportunidad de salvarse en vida. Son los momentos insólitos de la buena poesía, de la gran anécdota. Y decimos regalo porque lo que caracteriza en lo más hondo a la anécdota no es solamente ser creación subjetiva del espíritu, sino realidad bastante próxima para responder cuando se la llama, y bastante lejana para que nunca olvidemos que está por encima de nosotros; que no somos nosotros, al fin, los que la poseemos, sino que es ella la que, en buena medida, nos posee. Hay algo de involuntario y de imprevisto, como en toda feliz creación, en la gran anécdota. Es lo que siempre sucede cuando se trasciende el instante, aunque esta clase de trascendencia no signifique anulación del momento histórico. De esta manera, un tanto misteriosa y metafísica, se forma el arte erizado de cuitadillas que nos quiebra en el estremecimiento los cristales del alma: deliciosa colina situada más allá de la cotidiana prosa.

Al plantearse hoy un historiador como Toynbee el problema de cómo poner a la masa no creadora a la par de los grandes creadores, reconoce que el problema no puede resolverse en escala social sin poner en juego la facultad de la mimesis cabal. Una de las facultades—dice con un olvido no menos cabal del santoral eclesiástico—menos exaltada de la naturaleza humana, que tiene en sí más de adiestramiento que